

Taco Larreta, *in memoriam*

Jorge Arbeleche

Academia Nacional de Letras del Uruguay

I. Taco antes de Taco

Debemos ubicarnos en los finales de la década del cincuenta, en plena guerra fría, cuando el mundo seguía desperezándose de la pesadilla de la segunda gran confrontación mundial. Uruguay, por su parte, comenzaba su largo tembladeral económico y social, del que aún no se ha podido escapar. Pero, en aquel entonces, para el adolescente prepúber que yo era, los asuntos ajetreteados del mundo estaban todavía lejos.

Era mi tiempo, tenía 14 años y corría 1958, comenzaba el estudio de la literatura, asignatura que ejerció siempre fascinación sobre mí. Recuerdo que en clase estudiamos *La Estrella de Sevilla*, de Lope de Vega. Aquel lenguaje usado por dos personajes poco o nada tenía que ver con mi hablar familiar y cotidiano. Precisamente, esa distancia entre las dos lenguas me hizo descubrir —sin que yo lo supiera— cuál era el azaroso escondite de la poesía.

Pero la sorpresa mayor fue cuando supe que aquella historia de honor, lucha y pasión estaba «ocurriendo» en la sala de un teatro céntrico. No estaba habituado a la concurrencia al teatro, salvo algunas veces cuando me llevaron a ver algún espectáculo para público infantil. Pero esta experiencia me hacía subir un peldaño más hacia la edad adulta, a la que esperaba con ansías. Mis hermanos, mayores que yo, tenían acceso a todo tipo de espectáculos y diversión. Veían otras películas, el teatro les ofrecía un abanico de obras mucho más amplio del que yo podía acceder. Recuerdo que mi madre comentaba en las cenas familiares la fascinación que le había provocado ver *Doña Rosita la soltera*, pieza teatral de Federico García Lorca, que había estrenado una joven compañía de actores bajo la dirección de uno de ellos, recién llegado de Italia, se llamaba Antonio Larreta.

II. Taco por Taco

El hecho de ver en escena la obra que estaba estudiando en el liceo me produjo el mismo efecto que a don Quijote cuando vio la

representación del retablo de Maese Pedro. Los personajes eran seres vivos, no solo tenían papel y tinta, amaban, luchaban y sufrían a través de los actores que los representaban. Entre ellos hubo dos que me magnetizaron: uno fue la protagonista, bajo la caracterización de una joven actriz llamada Dahd Sfeir; el otro fue quien hacía de Sancho Ortiz de las Roelas. También joven, gallardo, figura que engalanaba el escenario todo cuando aparecía. Nadie podía vaticinar que, muchos años después, con ambos compartiríamos tareas y disfrutaríamos de una jovial y solidaria amistad. Pero aún hay más. Porque aquella historia que yo leía por la mañana en un aula del liceo Elbio Fernández, por la tarde-noche había que arrancarla de las páginas del libro y hacer con todo ello una historia de ficción que el público hacía verdadero. De ahí la magia y responsabilidad intelectual que debe tener un director de teatro; el perfil de los personajes, el ritmo de la obra, el color y las formas de la escenografía, los desplazamientos de los actores, así como la dicción, el tono y la emisión de las voces. Esa fue la experiencia capital para mi recién estrenada adolescencia. Descubría el teatro —y con él la poesía y la literatura toda— al mismo tiempo que me iniciaba en el uso de los pantalones largos. Y cumplía quince años de edad.

III. Apogeo

La década de los sesenta, correspondiente a sus cuarenta años, encuentra a Taco en la plenitud de su energía creadora y en el más efectivo despliegue de su condición de hombre de teatro. Luego de su luminoso pasaje por el mejor teatro independiente, de ser convocado para dirigir la Comedia Nacional, cargo que asume para renunciar poco después a causa de una excesiva burocratización paralizante, se encuentra en condiciones para formar compañía propia y ser cabeza de esta. Así surge el TCM, el Teatro de la Ciudad de Montevideo, junto a Enrique Guerrero y China Zorrilla, figuras estelares de larga trayectoria profesional. Los mejores títulos del repertorio clásico junto a los nuevos talentos recién surgidos, los más intensos dramas junto a la comedia del más fino humor, la tragedia shakesperiana y el teatro jovial, reidero y simpático de *Un enredo y un marqués*, brillante comedia escrita por Taco. Una soberbia versión de *La gaviota*, con una estampa dramática inédita de China Zorrilla que, sin embargo, no logró llegar al público ni a la crítica. Recuerdo que Rodríguez Monegal la calificó de

«distinguido fracaso», opinión, a mi juicio, de petulante, esnob y errática.

Fue breve esa pequeña edad de oro de Montevideo, donde Taco era protagonista de los más brillantes episodios, actor, director, mundano, joven aún, en plena madurez de la vida y talento. Se tejieron muchas leyendas, estafalorios mitos, absurdos inventos acerca de su vida privada, la que, a fuerza del ingenio del actor, se mantuvo siempre en los dominios de su intimidad. Sin ser el mejor actor ni poseer la mejor voz, fue una figura consular del teatro nacional. Fue uno de los directores teatrales de mejor creatividad y versatilidad.

IV. Taco (casi) íntimo

Más allá de la historia más o menos oficial de este hombre, ningún documento, certificado o currícula de su vida podrá dar cuenta cabal de quién fue y cómo fue en realidad, en la vida cotidiana, ese individuo cuyo nombre fue Antonio Gualberto Rodríguez Larrera. En él confluyeron el patricio por nacimiento, el intelectual brillante descendiente de una aristocracia cultural de raíz poderosa y prominosos frutos, el bohemio, el aventurero, el que frecuentaba los círculos sociales más conservadores y recalcitrantes en sus posturas morales, cívicas y políticas al lado del hombre de izquierda que desafiaba al gobierno totalitario de la dictadura; escribe *Juan Palmieri*, gana el Premio Casa de las Américas; es perseguido por las autoridades ilegales, se va al exilio a España, allí triunfa con gran suceso como guionista de algunas películas y series de televisión, incluso logra montar una obra de Lope de Vega en la propia cuna del teatro español; gana un importante premio literario con su novela *Volaverunt*, ambientada en la época de Goya y el decrepito reinado de Carlos IV. Es, además de todo lo dicho hasta ahora, un verdadero escritor. Triunfante. Artista absoluto. Pero también absoluto hombre: generoso, jovial.

V. Último acto

Pasado el tiempo, el conocimiento y los encuentros se multiplicaron, y aquel héroe de mi adolescencia devino un buen amigo con quien se hizo frecuente la lista de comidas, asistencia a plenarios de la Academia, charlas y tareas emprendidas juntos y de buen grado. Nunca le observé un mal gesto o señal de fatiga o aburrimiento,

todo lo contrario: siempre se mostró jovial, proclive al chiste, la anécdota, el buen humor, jamás una actitud propensa al divismo. En cierta ocasión yo había armado un espectáculo sobre la figura y obra de Juana de Ibarbourou, apoyado en tres figuras señeras de nuestro teatro: Estela Medina, Vera Sienna y Nidia Telles. Se estrenó en el Centro Cultural de España, fue a Buenos Aires invitado por nuestra Embajada en Argentina, estuvo en algunos museos y salas teatrales. En fin, nos estaba yendo muy bien en nuestra riesgosa aventura ibarbourouana, ya que Juana todavía seguía siendo una figura controvertida. Pero ahora se nos presentaba un nuevo riesgo. Nos invitan a representar *Juana a tres voces* en la sala teatral Antonio Larreta con su presencia dentro del público. La obra se desarrolló bien, el público estuvo atento y absorto, con respuestas ajustadas tanto a las instancias más dramáticas como a los momentos de humor.

Durante un breve intervalo, Taco se me acerca y al oído me murmura: «¿De dónde sacaste estos poemas? Para mí que los escribiste vos y los firmaste como Juana», dijo en un tono francamente pícaro y jovial. A lo que respondí: «Estos poemas estaban y estuvieron en los libros, esos libros que ustedes, los de la generación del 45, no se atrevieron a leer y a descubrir qué tipo de poesía escribía Juana en su madurez y contentaron con aislarla y criticar todo cuanto pudieron». Me miró con expresión de culpa y «ya no tiene remedio», y dijo: «Sabés que, lamentablemente, tenés razón». Taco siguió emprendiendo nuevas aventuras con sostenido éxito. Así es que entró por la puerta grande al cine argentino. Y así como fue actor y director de cine y teatro, donde conoció y manejó con maestría todas las palabras, tanto dichas desde el escenario, al dar voz a los versos de Lope o Lorca, o al estampar sobre el papel los suyos propios. Así, el exquisito y refinado viaje por una casa —la de su infancia— nos permite respirar la atmósfera de una época y vivir los hábitos cotidianos de una clase social educada, refinada y excéntrica.

El último acto de la vida de Taco da un giro vertiginoso e inesperado. Se queda sin dinero, pone su casa en venta, así como sus antigüedades y objetos de valor. Él frisaba los ochenta y cinco y tomaba esa situación trágica con un exacerbado sentido del humor, decía: «Calculé mal, gané muchísimo dinero, pero gasté muchísimo dinero». Finalmente, la escena peor llega al final; lo ataca la enfermedad del Alzheimer. Vive en un tiempo muerto. No oye ni habla. Quien seguía con vida, porque el corazón continuaba latiendo, era Antonio Gualberto Rodríguez Larreta.